



PÁGINA DE LOS EXALUMNOS

ELVIRA CASTRO DE PABÓN

El prestigio no solamente a nivel nacional sino también internacional de que goza el Instituto Nacional de Cancerología se basa en el equipo médico que tiene a su cargo la atención de los pacientes. Puede manifestarse sin hipérbolos que cada uno de los múltiples departamentos de las también múltiples especialidades cuenta con muy eficientes médicos, cada cual de preparación científica envidiable en su respectivo campo, y que el paciente sabe que acude a una entidad en donde va a ser atendido con solicitud, con la experiencia y, ¿por qué no decirlo?, también con la sabiduría del cuerpo médico del Instituto Nacional de Cancerología.

Es apenas lógico pensar que la piedra angular de la eficiencia y la seguridad de los diagnósticos, es un inmejorable Departamento de Anatomía Patológica. Siempre, a lo largo de todos los años, el Instituto ha contado con los profesores más distinguidos y experimentados en tan difícil campo de la medicina; para sólo recordar a muy pocos, en aras de la brevedad, digamos que los doctores Egon Lichtenberger, Alfonso Méndez, Francisco Martín y Eduardo Yunis, crearon y dejaron las bases para que los diagnósticos, allí, no solamente fueran completamente aceptables, de seguridad absoluta, sino el producto de la inteligencia, el estudio y la capacidad incommensurable de los mencionados. El de Anatomía Patológica es un Departamento, por cierto, de puertas muy estrechas, en donde ingresar y ser uno de sus miembros está precedido de las más escrupulosas selecciones. Y hace casi treinta años llegó allí, en virtud de sus méritos y nada más que de sus méritos, la doctora Elvira Castro de Pabón, y desde el primer momento, gracias a su envidiable preparación, a su eficiencia, a su laboriosidad y, sobre todo, a su espíritu de estudio permanente y a su tenacidad, empezó a distinguirse, y de qué manera; se convirtió en nuestra permanente consultora, con quien de la manera más gentil y bondadosa, discutíamos casos problemas. Pero bien sabíamos nosotros, al menos en nuestra especialidad de oncología

esqueleto-motora y no tenemos razón para pensar que fuera diferente en las otras, de antemano, que teníamos que llevar los argumentos más seguros y el estudio más profundo del caso clínico si la doctora Elvira había cuestionado nuestro diagnóstico. Y yo diría que fueron muchas, muchísimas, las veces en las cuales Elvira, con sus argumentos clínicos, de enorme peso y validez, nos daba el diagnóstico concluyente, y, aun cuando a nadie le gusta no tener la razón, aceptábamos el veredicto de Elvira, basado no en un capricho, sino en su estudio y en su escrupulosa meticulosidad de sagaz observadora.

He pensado siempre que no se hacen científicos por decreto, ni en Colombia ni en ninguna parte del mundo, y mucho menos en medicina. Pero, inexorablemente, el paso del tiempo y leyes laborales que no tienen en cuenta muchos parámetros y no hacen la selección adecuada, llaman al retiro a un especialista, porque ya es tiempo de "entrar a la jubilación". Pienso muy sinceramente que, a nivel de todas las especialidades, y en este caso de las quirúrgicas, siempre hará falta la experiencia de habilísimos cirujanos y que ellos deberían seguir siendo consultores del Instituto. Pero también creo que en el campo de la anatomía patológica, con la tremenda dificultad y la enorme cantidad de horas de estudio y de observación prolija que demanda la formación de un patólogo eminente durante toda una vida, estos requerimientos laborales de los códigos, no deberían afectar al Instituto. Este es el caso de nuestra muy querida y respetada Elvira, hacia quien sentimos verdadera admiración, no solamente por su sabiduría sino por todas las bondades que genera su alma, el calor de su corazón, su exquisito don de gentes y su personalidad. No despedimos a Elvira, con la ilusión de que continuará concurriendo a la institución, porque su criterio, su opinión y su experiencia deberían consultarse siempre.

*Diego Soto Jiménez, Profesor Emérito,
Instituto Nacional de Cancerología. E.S.E.*